

y allá lejos, del lado donde se acuesta
el sol, que ya se borra de los linderos,
otra voz á los cantos de amor contesta
cayendo por los bruscos derrumbaderos.

Esos cantos dolientes de eco sublime
que acompañan los tardos ejes premiosos,
parecen los de un pueblo que llora y gime
por que admiren sus grandes hechos gloriosos.

En sus hombros robustos lleva su carga,
su gran carga de glorias que asombro inspira,
y como á nadie admira, con voz amarga
el eje en las carretas canta y suspira.

Sin haber halagado nunca mi oído
el eco hipnotizante de sus canciones,
yo he escuchado en mis sueños medio dormido
ese grito de lentas repercusiones;

y desde niño lleva mi fantasía,
no sé porqué ignoradas causas secretas,
como el largo lamento de una agonía
el canto quejumbroso de las carretas.

Desde el fresco Borines hasta el Pajares,
de Busdongo á la orilla del mar undoso,
no hay lugar entre tantos bellos lugares
que no iguale á Suiza por lo precioso.

En Asturias la flora fimbria parece
en verde terciopelo con luz bordada,
y está de margaritas que el aire meco
y pálidos matices fantaseada.

Un músico es el campo que la armonía
va casando en las hojas de miles flores,
y es cada huerto alegre la sinfonía
de ópera sin sonidos fija en colores.

Suavidades sedosas como las alas
tienen los tonos verdes de vario hechizo,
y se van sucediendo por las escalas
del verde de esmeraldas hasta el pajizo.

Las viviendas que envuelve fresco ramaje,
parecen nidos puestos en las laderas,
y las faldas del monte les dan paisaje
y las ciñen los hórreos y las paneras.

Salto, fuentes y ríos bajan trazando
por las rocas agrestes curso distinto,
y entre tanto prodigio va dibujando
la larga carretera su laberinto.

Id á ver esa inmensa quebrada altura,
corona de altos picos que tiene España;
de sus tranquilos valles en la hermosura
el alma de delicias y paz se baña.

Yo volveré á su seno, que desde niño
lleva mi mente ansiosa de alas inquietas,
¡como un himno de amores y de cariño,
el canto quejumbroso de las carretas!

LA GAITA ASTURIANA

*Al célebre escritor D. Bernardo
Morales San Martín.*

Dime, gaita dulce,
dime, tierna gaita,
¿qué canciones lloras?
¿Qué canciones cantas?
Tu fuelle se hincha,
preludia tu escala,
y enredan tus sonos
su viva maraña.
El largo zumbido
que continuo lanzas,
fondo es que de notas
la copla recama,
como sobre oscura
piedra vetéada
el bajo-relieve
sus líneas ensalza.
El fleco brillante
que adorna tu *asta*,

sus hebras de seda
 combina y baraja;
 y la fresca música
 de tus dulces flautas
 trasciende á tomillo
 y huele á retama.
 Gaita lastimera,
 quejumbrosa gaita,
 ¿qué canciones lloras?
 ¿Qué canciones cantas?

Yo escucho en tus ecos
 la voz de una raza
 que amante cultiva
 sus verdes montañas,
 y honrada y modesta
 encierra su alma
 detrás de las rocas
 que ocultan su patria.
 Oigo en tus sonidos
 estruendo de armas
 que crean triunfando
 la cuna de España
 al son del zortzico
 brioso que lanzan
 las huestes guerreras
 que Pelayo manda.
 Si alzó en Covadonga
 la insignia cristiana
 la raza valiente
 que oyó tus baladas,
 gaita gemidora,
 quejumbrosa gaita,
 ¿por qué triste sueñas?
 ¿por qué triste cantas?

Tú acuerdas las glorias
 de edades pasadas,
 y tu hinchado pecho
 respira sus auras
 cuando porque vibres
 los aires de España
 el gaitero alegre
 tu seno atiranta.
 Tú cuentas la historia
 sublime y preclara
 de siglos que fueron
 tu gloria más alta,
 y en notas la cuentas
 igual que en palabras
 la narran los libros
 con plumas y páginas,
 Y siendo el sagrario
 feliz de la patria
 que el alma de un pueblo
 magnífico guarda,
 gaita gemidora,
 quejumbrosa gaita,
 ¿por qué triste sueñas?
 ¿por qué triste cantas?

Hasta entre el bullicio
 de locas rapazas
 y mozos alegres
 que ríen y bailan,
 tu voz, que de sueños
 y amores les habla,
 llorosa combina
 sus tristes escalas.
 El raudo hervidero
 que mueve la danza

y las bailarinas
 parejas enlaza,
 tu compás ordena
 sonando su pauta,
 y el círculo enmedio
 te deja encerrada.
 Zapatos vistosos,
 pañuelos de grana,
 bordadas camisas
 y cintas y randas,
 en tropel radiante
 agítase y salta
 mientras esta copla
 la vuelta acompaña:
 «Yo no sé qué tiene
 el son de la gaita,
 que llora si ríe
 y gime si canta.»

¡Del pálido Norte
 sentida guitarra!
 ¡Lira con que suenan
 las verdes montañas!
 Ven contra mi pecho
 y enjuga tus lágrimas,
 y dime que apenas
 suspira en tus flautas.
 De mi suelo á verte
 vine con mil ansias,
 y ahora que te dejo
 se me angustia el alma.
 No suenes al irme
 tu canción amarga;
 ¡que es triste, al perderse

allá en la distancia,
 escuchar el eco
 que el dolor arranca,
 de tu voz, si ríes,
 de tu voz, si cantas!

LA HERRADA

*Al ilustradísimo crítico y literato
D. Alfredo Opisso.*

Viniendo del horizonte,
Rosa baja sonriente
con la herrada, de la fuente
que está en la falda del monte.

Cosquilleando en su oído
trae las palabras sabrosas
que entre las hayas frondosas
le dijo un mozo atrevido;
y tanto en ellas su mente
da en cavilar, fascinada,
que está por vaciar la herrada
para volver á la fuente.

Las ramas de los castaños,
cuando pasa bajo de ellas,
con hojas verdes y bellas
coronan sus veinte años;
y cada vez que del viento
bebe las ondas vitales,
la sangre en bravos raudales
enciende su pensamiento.

Sobre el tórax, que convida
á adorar lo que fenece,
su pie, al andar, estremece
las dos fuentes de la vida.

Su boca de labios gruesos,
puesta cual para cantar,
parece que va á estallar
en una salva de besos.

Cruza una idea su frente,
quédase un punto parada,
vierte en el suelo la herrada
y va de nuevo á la fuente.

Es de la cálida siesta
la hora de fuego; indecisa
canta en los brezos la brisa,
y Juanuco en la floresta.
Tenáido en el suelo verde
como en las orlas de un manto,
Juanuco lanza este canto
que en la distancia se pierde:

«Mientras que el cura salió de mañana
para rezar en la iglesia lejana,
tanto bailé con la moza del cura,
tanto bailé que me dió calentura.
¡Cuándo será que otra vez la campana
llame al cura á la iglesia lejana,
y yo pueda bailar con holgura
con la moza garrida del cura!»

Y la mujer, que recrea
su oído con el cantar,
siente las sienas que al par
la sangre le martillea.

Con voz que tiene los dejos
de brisa que en el mar sopla,
la moza canta esta copla,
que oye Juanuco á lo lejos:

«Por las montañas vestidas de flores
vago buscando mis tiernos amores,
y entre las rocas que ocultan las breñas
sólo hallo el agua que bate las peñas.
¡Cuándo será que mis tiernos amores
mire al fin suspirando entre flores,
y le ofrezcan su sombra las breñas
junto al agua que bate las peñas!»

Lanza el *relincho* fogoso
cuando la copla termina,
y Juanuco se encamina
tras del cantar amoroso.

La fuente abriendo la roca
besa la herrada al caer,
y Juanuco, sin querer,
besa á la niña en la boca.

El chorro, sonando á fiesta,
canta con música pura
el himno de la frescura
entre el sopor de la siesta.

Todo invita á reposar
sobre el verdor de la grama,
con su son quedo la rama
y el ave con su cantar;

y porque duerma sereno
el pecho que amor trasciende,
Juanuco bajo ella tiende
un haz fragante de heno.

Del sol que va declinando
al enervante fulgor,
el sueño embelesador
va los ojos entornando;

hasta que al cabo, rendidos,
mientras la herrada rebosa,
en paz profunda y sabrosa
reposan ambos dormidos.

Y el chorro, sonando á fiesta,
sigue cantando en voz pura
el himno de la frescura
entre el sopor de la siesta...

.....

LA ALBAHACA

Albähaca menudita,
linda y graciosa albähaca,
del búcaro compañera
y adorno de la ventana;
ya tus verbenas pasaron,
llenas de juegos y danzas,
con sus bordados mantones
y sus luces de bengala.
Ya pasaron tus verbenas
con sus cohetes de lágrimas,
sus coruscantes buñuelos
y sus macetas galanas.
Separada del bullicio
de las alegres veladas,
si sueñas, ¡serán tus sueños
los sueños de la nostalgia!
Ya junto al puesto florido
no ves la española gracia
de andares, rostros y cuerpos
pasar en ola bizarra.
Ya de la chulesca polka
no ves las vueltas pausadas
en el salón callejero
hecho con arcos de ramas.

Pasó tu reinado alegre
 cual todo reinado pasa,
 y angustiada, tu rocío
 lloras cuando viene el alba.
 ¿Qué te importa ya que el búcaro
 te dé en la reja compañía,
 si antes sudaba sus perlas
 y ahora de frío las cuaja?
 El fuego forma tu vida,
 y cobra fuerza tu savia
 entre las siestas de oro
 y las noches abrasadas.
 Están tus hojas pidiendo
 sopor de atmósfera cálida,
 cadencias de mecedora
 y perezas de guitarra.
 Pero el otoño te acecha
 lejos moviendo sus alas,
 y sus avisos te envía
 en el soplo de sus ráfagas.
 Pronto verás los ramajes
 tender su seca hojarasca,
 y en remolinos crujientes
 bailar su danza macabra.
 Pronto verás de los cielos
 la mutación angustiada,
 y trocar oro y carmines
 por tintas grises y pálidas.
 Tú también ante la muerte
 exhalarás tu plegaria,
 é irás con el remolino
 á bailar tu última danza...
 Albähaca menudita,
 linda y graciosa albähaca,
 ¿dónde fueron tus verbenas?
 ¿qué se hicieron tus veladas?

LOS NARDOS

Sujeto el jarro en la cadera,
 que al haz de nardos da á beber,
 va la florista por la acera
 las blancas flores á vender.

¡Flores de Agosto! Nardos bellos
 que anuncia Flora desde Abril
 y fingirán en los cabellos
 constelación de estrellas mil.

Tras de la dalia que el lindero
 enrojeció con su color,
 el bello nardo, su heredero,
 ocupa el trono del amor.

Su polipétala armonta
 baña la esencia sin igual
 que Salomón en su poesía
 vertió amoroso y sensual.

Bíblico aroma se derrama
 de su penacho de marfil
 que en la maceta alza su rama
 tras del arábigo pretil.

La iluminada cabellera
de Jesucristo embalsamó,
cuando en la trágica carrera
el santo cuerpo suspiró.

El opulento sicomoro
que sombreó á Jerusalén,
con los granados hizo coro
al fresco nardo en el edén.

En su nevada vestidura
está el sudario del Señor
labrado en hojas de blancura
con sutilísimo primor.

La engalanada Magdalena
en sus orgías de placer,
nardo fragante y azucena
unió á sus gracias de mujer.

No sé por qué ficción divina
acuerda el nardo á mi ilusión
el mar azul de Palestina,
el Rey-profeta y Salomón.

Trae esa flor hasta mi idea
bíblicos tiempos que vendrán,
el campo ardiente de Judea,
la fresca orilla del Jordán.

Y le parece á mi razón,
cuando batallo en esta lid,
frase de un himno de pasión,
verso de un salmo de David.

EL TABLADO FLAMENCO

Al elegantísimo poeta Rubén Darío.

En el resonante tablado flamenco
su zapateado describe *la Penco*,
y las castañuelas de poza de cuenco
juntan sus compases al baile flamenco.

Con los libres brazos como una bandera
sobre los tacones va la *bayadera*,
y al doblar el gozne la curva cadera
los brazos ondula como una bandera.

Las palmas alegres de ritmo vibrante
indican las vueltas del cuerpo ondulante,
y arrancan suspiros del pecho anhelante
las palmas alegres de ritmo vibrante.

Alarga la cuerda llorosa y sentida
su línea tirante de notas vestida,
y un aire de España que al sueño convida
se ajusta á la cuerda llorosa y sentida.

Pájaros brillantes y flecos de oro
el mantón desborda del pecho sonoro,
que al lanzar valiente su trino canoro
deja que retiemblen los flecos de oro.

El concurso alegre se agita y vocea
al lúbrico canto que aturde y marea,
y á la bailadora que el talle cimbreo
el feroz concurso aplaude y vocea.

A cada arrogancia y á cada donaire
sombrosos en lluvia conmueven el aire,
y la flor prendida del pelo, al desgaire,
oscila en las vueltas á cada donaire.

Resuena y acrece la vocinglería
y el ritmo acelera su ardiente armonía,
y la bailadora su cuerpo deslía
más raudo, sintiendo la vocinglería.

Ya el licor dorado perfuma la caña,
ya la última vuelta la copla acompaña,
ya suspende el baile su música extraña...
¡y la manzanilla sonrío en la caña!

EL MANTON DE MANILA

¡Oh bandera triunfante de la alegría!
¡Oh manto de la antigua fiesta española!
¡Oh palio de las *juergas* de Andalucía!
¡Oh túnica radiante de la manola!

La fresca primavera que en tus tejidos
enredó el arte bello con sus colores,
es la red esplendente donde prendidos
van, á fleco por alma, los amadores.

Cuando desde el alzado seno redondo
bajas como un diluvio de flores vivas,
los chinos que bordados hay en tu fondo
abrazan á los cuerpos que en tí cautivas.

Mil veces he querido ser dibujado
en tu velo encendido de flora amena,
para en noche de fiestas ir enredado
al cuerpo cadencioso de una morena.

Mas tuve sólo á cambio de esos placeres,
de las gratas verbenas en el misterio,
¡ver que van entregadas nuestras mujeres
á los pálidos hijos del vasto imperio!

Tú eres el libro antiguo, la rica joya
que habla de los chisperos y las navajas,
de escenas que en el lienzo dió vida Goya,
de soldados y reyes, majos y majas.

Tú de la dama fuiste velo ligero
cuando, de la litera presa en el raso,
iba á la ansiada cita con el torero
y á brindar, en los dedos alzando el vaso.

En las varias costumbres que en sus mudanzas
del siglo diez y nueve fueron exordio,
tú en el salón miraste las dulces danzas
á los sonos pausados del clavicordio.

Te legó á nuestro siglo la vieja gente
como página llena de resplandores,
como un paño que guarda resplandeciente
recuerdos de cien años fijos con flores.

Con la de tus bordados vistosa greca,
tú de nuestras mujeres ciñes los talles,
y el risueño Barbieri, Juarranz y Chueca
escriben en tus rosas sus pasa-calles.

Rima con las verbenas tu seda fina,
y tus lindos caireles con la albähaca;
de la reja con flores, eres cortina;
del amor que reposa eres la hamaca.

De la cruz venerada de Mayo hermoso
en las gradas tendidas dejas tus rosas,
y los jóvenes tejen baile vistoso
en parejas que giran vertiginosas.

Cuando pasa, movido del homenaje,
tras la imagen el pueblo con paso lento,
tú adornas los balcones de cortinaje
y el haz de tus colores tiendes al viento.

Sobre el cristal luciente de los salones
el fausto de tus sedas la vista asombra,
y descienden tus pliegues en pabellones
como incendio de tonos sobre la alfombra.

Tú con la bailadora vas ondulando
ceñido al cuerpo suelto como serpiente,
y tus flecos parecen al ir flotando
rayas de un aguacero resplandeciente.

Tanto hermanan tus flores, que me extasían,
con la española fiesta, viva y bizarra,
que pienso, arrebatado, que vibrarían
tus hilos amarrados á una guitarra.

En los toros, el bosque de tu bordado
muestra ramas, corolas, fruto y raíces,
para que en su tejido fantaseado
duerma la luz el sueño de los matices.

Fingirá que alza España bella bandera
doquier muestres tus tonos y tu alegría;
en tu fondo está abierta la primavera
trasplantada de un huerto de Andalucía.

El mantón de Manila compendia á España
y es insignia que canta nuestra victoria;
grabada en cada rosa lleva una hazaña,
y atada á cada fleco lleva un gloria.

Jorge Xavier de la Cueva

EL PAÍS DEL SOL

BIBLIOTECA ALFONSO DE
MEXICO

SALUTACION A MARZO

¡ Oh placentero día,
primer día de Marzo,
mes que la risa dulce
de Abril viene anunciando !
Cuaja pronto tus yemas,
hincha pronto tus tallos,
nieva flores de almendro
en tu gentil regazo.
De la tierra en el seno
inmortal é inexhausto,
confecciona los lirios
que has de vestir de blanco,
pliega las rosas vivas
y los claveles gayos.
Engarza á los narcisos
los pétalos tempranos,
y apunta los capullos
de plata en los naranjos.
Haz con tu savia nueva
yemas de verdor claro,

y dile á las semillas
 que duermen: «Despertaos;
 rasgad el casto broche,
 para el vivir cerrado,
 y echad el brote tierno
 del sol al beso blando.»
 Combina alegres cuentas
 ante los surcos pardos,
 y dí: «Grano por gota
 de Abril, son veinte granos.»
 De nuevo da sus lirás
 á los dispersos pájaros,
 para que entre los bosques
 las vayan ensayando.
 De verdes felpas cubre
 los húmedos ribazos,
 y cuelga brumas de oro
 y luz en los espacios.
 A todas las crisálidas
 que abate el sueño largo
 háblales de alas bellas
 y de matices mágicos.
 De las escuetas viñas
 á los ceporros ásperos,
 porque su humor remuevan,
 díles que viene Mayo.
 Nómbrales á Virgilio,
 el cisne mantuano,
 al pastoril Teócrito
 y á Anacreonte grato.
 Empieza con tus luces
 á desrizar el ampo
 de la apretada nieve
 que hay en los picos altos.
 Da claras transparencias
 y tonos á los lagos,

y tiemblen en su espejo
 tus bailadores rayos.
 Del resurgir del mundo
 canta el suceso magno;
 del resurgir que llega
 detrás de tu reinado.
 Trae para el alma dicha,
 risa para los labios,
 para los cielos luces
 y sol para los campos.

FLORES DE ALMENDRO

Randa de flores de almendro,
tul de corolas risueñas,
calado de ojos de plata
que á la luz no parpadean:
sois joyeros del rocío
que en vuestros pétalos tiembla
al caerse de los labios
de la tibia primavera.
Como una fecunda virgen
que al andar gérmenes siembra,
viene del lado de Oriente
con su corona de estrellas.
Su mano de sol, tendida
ante su imagen esbelta,
toca el árbol y lo cubre
de sutilísimas yemas;
roza la tierra, y la viste
de verde y tupida felpa;
toca al pájaro, y lo enciende
en arpegios y en cadencias;
mece el nido, y lo revive;